

nion le tenían, él fué el primero que salió á responder, reconociéndole por el Hijo del Dios vivo. (1) Y en otra, que predicaba á un gran concurso de gente, habiendo dicho á sus oyentes que para conseguir la vida eterna les era preciso comer su carne y beber su sangre, (2) los mas se salieron del sermón escandalizados y diciéndose unos á otros: “Por cierto que nuestro predicador nos hace un favor grande en creernos tan bárbaros que queramos comer carne y beber sangre humana.” Lo que visto por Jesus, les dirigió á sus apóstoles estas palabras: “Y vosotros, ¿tenéis intencion tambien de dejarme?” Callaron todos; pero estimulado de su mucho amor San Pedro, le replicó: “Bien nos guardaremos, Señor, de dejaros mientras os digneis terneros en vuestra compañía: conocemos evidentemente que sois el Hijo de Dios y que vuestra doctrina toda es celestial; ¿pues á qué mejor maestro podemos acogernos?”

Tambien se vió su grande afecto al Señor, cuando le dijo que aunque todos los demas le abandonasen, él le seguiria hasta la muerte.

Y asimismo, cuando le preguntó Jesus, despues de su resurreccion, si le amaba, le respondió con admirable viveza: “Sí, Señor; vos que lo sabeis todo y penetráis lo interior de los corazones, no podeis ignorar que os amo verdadera é íntimamente. (3)

(1) Respondens Simon Petrus dixit: Tu es Christus filius Dei vivi.—Matt. 16. v. 16.

(2) Amen amen dico vobis; nisi manducaberitis carnem filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.—Juan. 6. 54.

(3) Dixit ei: Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te.—Joan. 21. 17.

P. ¿Despues de San Pedro, quiénes fueron los apóstoles mas amados de Jesucristo?

R. Los dos hijos del Zebedeo, Santiago y San Juan, como lo dió á conocer, distinguiéndolos en varias ocasiones y especialmente haciéndolos testigos, con el mismo San Pedro, de su gloriosa Transfiguracion en el Monte Tabor. (1)

P. ¿Qué cosa fué esa Transfiguracion?

R. Fué el manifestar el Señor una parte de la gloria que le era natural, y que en el curso de su vida mortal suspendió milagrosamente para ser de este modo capaz de sufrir los trabajos, dolores y muerte, por cuyo medio queria satisfacer por las culpas de los hombres.

P. ¿Por qué motivo lo hizo?

R. Primero: Para fortificar su tierna fé y que no pudiesen dudar de su divinidad aun cuando viesen las ignominias de su Pasion y muerte.

Segundo: Para darles una idea de la admirable mutacion que experimentan los cuerpos de los justos, cuando tomen posesion de la eterna bienaventuranza.

P. Referid las circunstancias mas notables de este suceso.

R. Dicen los historiadores sagrados que de repente vieron los tres apóstoles ponerse el rostro de Jesus tan resplandeciente como el sol, y sus vestiduras mas blancas que la nieve: que á este tiempo se aparecieron Moisés y Elías con quienes habló del cumplimiento de las profecías en su persona: que despues, una lucida nube los apartó de su vista, y oyeron la voz del Eterno Padre que decia: “Ved aquí

(1) Este monte está situado en medio de Galilea, y tiene legua y media de alto.

á mi amado Hijo, que es objeto de mis complacencias. Os mando le escuchéis como vuestro maestro, y le obedezcais como á vuestro rey:" que finalmente, no pudiendo sufrir su flaqueza el peso de tanta gloria, cayeron en tierra asombrados, hasta que el mismo Jesus los animó, diciendo se levantasen; y entonces le vieron solo, en su forma acostumbrada.

P. ¿Pot qué escogió el Salvador para este misterio un lugar desierto y elevado?

R. Para darnos á conocer que no nos dispensaba sus favores, ni nos comunicaba su gloria entre el bullicio del mundo, sino en el retiro y cuando, desprendidos de los afectos de la tierra, nos elevamos á las cosas celestiales.

P. ¿Causó resentimiento á los apóstoles esta preferencia, dada á San Pedro, Santiago, y San Juan?

R. Sí; cada uno de ellos queria tener la primacía sobre los otros.

P. ¿Cómo reprimió Jesus estos movimientos del amor propio?

R. Diciéndoles que aquel que entre ellos quisiese ser el mas grande, debia hacerse el mas pequeño y el mas humilde.

P. ¿No habia mas que los doce apóstoles, adheridos á la persona de Jesucristo?

R. Hubo tambien otros setenta y dos á quienes se dió el nombre de discípulos, porque eran muy amantes de su doctrina y la profesaban abiertamente. Pero estos no renunciaban sus bienes para acompañarle de continuo, como los apóstoles; permanecian en su oficio, y cuidaban siempre del mantenimiento de su familia.

P. ¿Qué virtudes les advertia á sus apóstoles y discípulos debian de practicar principalmente?

R. La sencillez y prudencia, con la mansedumbre y humildad. "Sed prudentes, les decia, como la serpiente, y sencillos como la paloma, y humildes como la oveja que se halla entre lobos. Os tratarán de embusteros y sediciosos; y os llevarán entre los jueces; pero tened paciencia, y no por esto os apartéis del santo ministerio, sabiendo que el que quisiere conservar su vida, la perderá; y el que la perdiere por mí, la hallará."

P. ¿Qué notables conversiones hizo entre otras muchas?

R. La de la Samaritana, de Magdalena, y de Zaqueo.

P. Referid la conversion de la Samaritana.

R. Cansado Jesus del camino y del calor, por ser la hora del medio dia, se sentó sobre el brocal de un pozo que estaba cerca de *Sicar*, ciudad de los samaritanos. Hallábase solo, por haber ido los apóstoles á comprar que comer; y á este tiempo vino una muger con su cántaro á sacar agua. El Señor le pidió de beber, diciendo le pagaria su beneficio con otra agua de mucho mas valor y mas apreciable, pues apagaba la sed por toda la eternidad. (Se debe entender la *divina gracia*, de que Jesucristo es la verdadera fuente.) Luego le refirió los mas secretos lances que le habian pasado en su juventud.

Admirada la muger, dejó allí el cántaro y se volvió á la ciudad, gritando por todas las calles: "*Hermanos, venid conmigo, y vereis á un hombre que me ha manifestado los mas ocultos secretos de mi vida: sin duda es el Mesías que esperamos.*" Al oír estos gritos los de *Sicar*, salieron en tropas á buscar á Jesus, y le suplicaron se dignase pasar con

ellos algun tiempo. Condescendió á sus instancias, permaneci6 allí dos dias instruyéndolos, y muchos creyeron en él.

P. Contad cómo se convirtió la Magdalena.

R. Esta, por sus muchas disoluciones, llamada comunemente *la muger pecadora*, se halló un dia movida de la divina gracia. Habiendo sabido que aquel dia estaba Jesucristo convidado á comer en casa de un fariseo, tomó un vaso de alabastro lleno del mas esquisito bálsamo, y con generosa resolucion fué á la casa del convite. Entró en la sala, postróse á los piés de su Magestad, y los regó con sus lágrimas. (1) Despues los enjugó con sus cabellos, *queriendo Dios*, dice San Juan Crisóstomo, que aquello mismo que habia sido incentivo de la culpa, sirviese para triunfo de la gracia; y por último, los besó tiernamente, derramando sobre ellos el oloroso y precioso bálsamo que llevaba.

Mientras tanto, el hipócrita fariseo decia entre sí: "Si este hombre fuera tan gran profeta, como creen algunos, no ignoraria la vida infame de la que está á sus piés, ni permitiria que le tocase;" pero Jesus que veia su interior, le dijo en tono grave y severo no debia despreciar y condenar así á esa muger; pues aunque antes habia sido efectivamente muy escandalosa, lo que acababa de ejecutar respecto á su divina persona era una evidente prueba de su mucha fé y perfecta contricion; y no se contentó con esta reprehension, sino que volviéndose hácia la muger, le declaró

(1) Los judíos no usaban de medias ni zapatos, sino solamente de sandálias, y por consiguiente tenian los piés siempre desnudos. Comian recostados sobre camas ó alfombras, cargando el codo sobre una almohada.

expresamente *que sus pecados estaban perdonados y que se fuese en paz.*

P. Referid la conversion de Zaqueo.

R. Era Zaqueo uno de los mas principales publicanos, y del número de aquellos hombres que, olvidados enteramente de su salvacion, no piensan en otra cosa que en amontonar riquezas por cuantos medios les franquea su codicia. Movido un dia de la fama que corria de las muchas maravillas obradas por Jesucristo, tuvo deseos de verle; y puesto en un parage por donde sabia que habia de pasar, para lograrlo mas á su satisfaccion, se subió á un árbol por ser pequeño de estatura y mucho el concurso de la gente. Vióle el Señor, y llamándole por su nombre, le dijo queria hospedarse aquel dia en su casa. Al oir estas palabras, el eficaz impulso de la gracia le hizo bajar del árbol á toda prisa, acompañó al Salvador hasta su casa, dándole muestras de la mayor veneracion; y finalmente, le dijo: "Divino y benigno Señor, confieso he cometido muchos y grandes delitos, siendo el principal de todos ellos el haberme enriquecido por medios ilícitos; pero sé tambien que no es menor vuestra misericordia hácia los pecadores: para merecerla, voy á distribuir á los pobres la mitad de todos mis bienes, restituyendo al mismo tiempo el cuatro por uno á los que conociere haber defraudado en alguna cosa."

Le dió al Señor este arrepentimiento y determinacion de Zaqueo tanta complacencia, que al punto le concedió el perdon de sus pecados, y le recibió en su gracia.

P. De los innumerables milagros que habeis dicho hizo Jesucristo, referid algunos.

R. 1. El primero que trae el Evangelio es el que suce-

dió en las bodas de *Canaá*, ciudad de Galilea. Convidado el Señor, no se desdenó de asistir á ellas con su Madre y apóstoles; y habiendo llegado á faltar el vino, dijo á los criados no debia darles cuidado esa falta, pues para remediarla, no tenian mas que llenar de agua los seis cántaros vacios que por casualidad habia en la casa, y servir de ella á los que pidiesen de beber. Obedecieron, y se halló, con admiracion de todos los convidados, que no era agua, sino un vino generosísimo. (1)

2. Un Centurion romano fué á pedirle se dignase restituir la salud á un criado suyo, á quien estimaba mucho, y que se hallaba á los últimos de su vida. Díjole Jesus: “Bien está; iré á tu casa, y le sanaré.” Replicóle el Centurion: “Señor, no soy digno de que honreis mi pobre morada con vuestra presencia, ni hay necesidad de que para eso os molesteis; porque sin salir de aquí, con solo la eficacia de vuestra palabra, mi criado quedará sano.” Admirado el Salvador de tan viva fé, le dijo: “Véte en paz, seguro de que hallarás á tu criado con perfecta salud.” Y así sucedió.

3. Estando un dia predicando en la Sinagoga, entró un endemoniado de los mas furiosos. Así que el maligno espíritu se vió delante de persona tan sagrada, se le infundió un respetuoso pavor; y recelando ser arrojado del cuerpo de aquel infeliz, prorumpió en voces espantosas, diciendo: “Dejadme, Señor; ya sé que sois el Santo de los Santos: permitid me mantenga en la posesion de este hombre.” Pero el Salvador, sin atender á sus exclamaciones, le mandó

---

(1) Es de notar que los evangelistas no hacen mencion alguna de San José en estas bodas ni despues de ellas; lo que nos da motivo de creer que habia muerto ya.

salir de aquel cuerpo. Obedeció sin dilacion, y dejó libre al espirituado.

4. Hallándose la suegra de San Pedro con una fuerte calentura, le pidieron sus apóstoles le restituyese la salud. No hizo mas que tocarla en la mano, y luego quedó sana; de suerte que se levantó y ella misma les sirvió la comida.

5. Llegó un dia un leproso á echarse á sus piés, y clamando le dijo: “Señor, dignaos remediar mi enfermedad; que si quereis, lo podeis hacer.” Extendió Jesus la mano y le respondió: “Hágase lo que deseas.” Y al instante se puso bueno.

6. Presentáronsele cuatro hombres que traian á un paralítico en una camilla, implorando para su curacion el divino auxilio. Díjole el Señor: “Levántate, hijo; coge tu camilla, y vete.” Levantóse con grande admiracion de los circunstantes, cargó con su camilla y se fué, alabando á Dios.

7. Al llegar á las puertas de la ciudad de *Nain*, vió que salia el entierro de un jóven, á quien seguia su madre sumamente affigida. Compadecido, le dijo no llorase; y acercándose al ataud, pronunció estas palabras: “Levántate, jóven, que yo soy quien te lo mando.” Levantóse al punto, con grande consuelo y gozo de su madre.

8. Habiéndose embarcado una noche en el Lago de *Geneareth*, le cogió un profundo sueño; y mientras tanto se levantó una tempestad horrible, tanto que ya el barco se iba á pique. Atemorizados los apóstoles, le despertaron á toda prisa, diciendo: “Señor, somos perdidos si no nos socorreis.” Jesus les dijo: “Hombres sin fé, ¿qué temeis?” Y mandando á los vientos aplacasen su furor, luego al punto se desvaneció la borrasca.

9. En otra ocasion, atravesando los apóstoles el mismo Lago para ir á Betsaida, pasó el Señor por delante de ellos cerca del barco: anduvo sobre las aguas, como si fuera tierra firme. Creyeron que era algun fantasma; por lo cual, llenos de miedo, empezaron á dar voces; pero Jesus les aquietó, diciendo: "Yo soy, no temais." San Pedro le respondió: "Señor, si sois vos, haced que yo tambien ande sobre las aguas." Habiendo condescendido Jesus, inmediatamente salió Pedro del barco á encontrarle, y empezó á andar sobre el agua con una confianza y aliento admirable; pero á vista de una grande ola, enflaqueció su fé y, temiendo hundirse, exclamó: "Señor, salvadme." Alargó la mano el Salvador y le detuvo, reprendiendo su poca fé, y ambos entraron en el barco.

10. En los confines de Tiro y de Sidon, habiendo una muger cananea oido contar sus muchos milagros, fué á echarse á sus piés, y le dijo: "Jesus, hijo de David, tened misericordia de mi hija, y libradla del demonio que la atormenta." Para probar su fé, no quiso Jesus responderla; pero sin desanimarse le siguió la muger, gritando: "Jesus, hijo de David, compadeceos de mi afliccion; os lo vuelvo á suplicar encarecidamente." De tal modo, que los mismos apóstoles, movidos de sus clamores, se empeñaron con el Señor para que le concediese lo que le pedia.

La muger entonces dijo á Jesus: "Señor, no valga la súplica de una muger tan despreciable como yo, norabuena; pero ha de valer el poderoso empeño de vuestros apóstoles." Respondióle nuestro Señor: "Hasta que estén satisfechos los hijos de familia, (hablaba de los judíos) no es razon arrojar el pan á los perros." (Quiso decir, á los infieles.) No la desanimó esta, al parecer, tan áspera respues-

ta; antes se valió de ella misma, y le replicó con admirable humildad: "Señor, cierto es lo que decís; pero tampoco se les priva á los perros de que coman los desperdicios y migajas que caen de la mesa de los hijos."

No pudo Jesus disimular mas, y le dijo: "Muger, grande es tu fé, y será premio de ella el cumplimiento de lo que deseas; vete en paz, que ya está libre tu hija del espíritu inmundo." Volvió, y halló que se habian verificado las palabras del Salvador.

11. Estando Jesus en Cafarnaun, capital de Galilea, fueron los alcabaleros á pedirle cierto tributo. Podia el Señor representarles que su pobreza le dispensaba de toda contribucion, ó que, como dueño del universo, no debia tributo ni homenaje á nadie. Con todo, para enseñar á los pueblos lo indispensable que es pagar los derechos, no quiso valerse de excusa alguna, sino que hizo un milagro por no faltar á esta contribucion; y así, dijo á su mas querido apóstol: "Véte, Pedro, á la orilla del mar y echa el anzuelo; cogerás un pez que traerá en la boca una moneda, con la cual sobraré para pagar lo que se nos pide." Obedeció San Pedro, y cumpliéndose lo que habia dicho Jesus, se efectuó la paga del tributo.

12. Entrando en la misma ciudad, cercado de un inmenso pueblo, le vió pasar una muger que hacia doce años que la consumia un flujo de sangre, y dijo entre sí: "Como yo pudiera tocarle la ropa, sin duda me libertaria de mi enfermedad." Con esta fé, se esforzó de suerte que, rompiendo por medio de los que le cercaban, logró alargar la mano hasta el extremo de su túnica, y al instante se sintió tan buena como si nunca hubiera padecido aquel penoso accidente.

Volviendo el rostro nuestro Señor, preguntó quién le había tocado; respondiéronle los apóstoles: “Señor, ¿cómo hacéis esta pregunta, cuando la multitud os está oprimiendo por todas partes?” Jesus replicó: “Yo sé que alguno ha llegado á tocarme de intento, porque he sentido salir de mí una virtud que ha sanado á una persona.”

Oyendo esto la muger, llena de respeto, se arrodilló ante el Salvador y confesó el beneficio que acababa de recibir. Jesus la dijo: “Tu fé te ha curado; vete en paz.”

13. Los cafarnaitas fueron tambien testigos de otro milagro que obró á favor de *Jairo*, príncipe de la Sinagoga, cuya hija habia muerto de edad de doce años. Lleno de afliccion, y al mismo tiempo lleno de confianza en el poder del Salvador, fué á echarse á sus piés y suplicarle se dignase pasar á su casa á resucitarla. Condescendió, llevando consigo tres de sus apóstoles, San Pedro, Santiago y San Juan, y luego que entró mandó salir toda la gente convidada al funeral, diciendo: “Retiraos, que no está muerta sino dormida.”

Saliéronse riendo, porque no dudaban de su muerte, y quedó Jesus solo con el padre, la madre y sus apóstoles; tomó la mano á la difunta y la dijo se levantara. Obedeció, y corrió á recibir la enborabuena de los que solo habian venido á dar el pésame á sus padres.

14. Habiendo oido decir dos ciegos del mismo pueblo que pasaba su Magestad, le siguieron, clamando: “Jesus, hijo de David, tened lástima de nosotros.” Preguntóles el Salvador: “¿Estais bien persuadidos de que yo puedo restituiros la vista?” Respondieron: “Sí, Señor, lo creemos firmemente.” Entonces Jesus les tocó los ojos, y al instante cesó su ceguera.

15. Habia en Jerusalem un estanque con el nombre de *Piscina Probática*, cercado de pórticos ó galerías. Todos los años, en cierto tiempo, concurrían allí los ciegos, cojos, tullidos y demas enfermos de toda clase, por saber que entonces bajaba un ángel á enturbiar el agua; y que el enfermo que lograrse entrar en ella el primero, sanaba en el mismo instante, por grave que fuese su enfermedad.

Llegóse Jesus un dia á esta Piscina, y entre otros enfermos, reparó en un paralítico que hacia treinta y ocho años estaba postrado en una camilla sin poderse menear. Preguntóle si deseaba recobrar la salud. Respondió que á eso habia venido; pero que temia le fuese tan inútil en aquel año, como en los antecedentes, el milagro del agua turbia, por no tener quien le ayudase á entrar en ella el primero. Entonces le dijo nuestro Señor: “Consuélate, hijo, que ya estás bueno y no necesitas aquella agua; puedes cargar con tu camilla y retirarte cuando quieras.” Lo ejecutó sin dificultad, quedando llenos de admiracion cuantos estaban presentes.

16. No causó menos asombro otro milagro que hizo el Redentor, dando vista á un ciego de nacimiento, conocido por tal de todo el mundo por estar de continuo en la puerta del templo pidiendo limosna. Noticioso este pobre de que el Salvador pasaba por allí, le suplicó á voces se dignase curarle. Inmediatamente el Señor tomó un poco de tierra, la amasó con su saliva y se la aplicó sobre los ojos, diciéndole: “No tienes mas que ir á lavarte al baño de Siloé.” Obedeció el ciego; lavóse, y volvió con vista.

Muy presto llegó la noticia de este prodigio á los fariseos, los que mandaron venir al ciego para informarse de todas las circunstancias del suceso. Se las contó ingenua-

mente, de modo que no pudieron impugnar el hecho; pero no por eso se satisfizo su malignidad. “¿Qué concepto haces, le dijeron, de aquel hombre que te volvió la vista?” “Yo juzgo por sus milagros, respondió, que es un profeta de los mayores que se han visto en Israel.”

Replicáronle los fariseos: “Nosotros estamos bien asegurados de que es un prevaricador de la ley de Moisés, y un pecador público que no hace escrúpulo de violar el sábado: hombre semejante, no puede obrar milagro alguno.”

“Ignoro, dijo el ciego, si es ó no pecador; pero lo que sé de cierto es, que antes yo era ciego, y ahora no lo soy.” Oyéndole hablar con tanta claridad y resolucion, se indignaron de tal manera, que al instante le echaron fuera, llenándole de injurias y maldiciones. Encontróle Jesus pocos dias despues, y le preguntó si creía en el Hijo de Dios; á lo cual respondió: “¿Y quién es, Señor, el Hijo de Dios?” Jesus le replicó: “Es el mismo que te habla, y el mismo que te ha dado la vista.” Entonces, lleno de fé y gratitud, exclamó: “Así lo creo, Señor, pues me afirma en mi creencia la maravilla que habeis obrado conmigo;” y prostrándose á sus piés, inmediatamente le adoró.

17. Un dia que Jesus se habia retirado de Cafarnaun á un desierto algo distante, llamado los Llanos de Betzaida, para gozar de algun descanso, le siguió una gran multitud de gente, á manera de un rebaño de ovejas que sigue á todas partes á su pastor; (pasaba de cinco mil personas) y acercándose la noche, le dijeron los apóstoles: “Señor, conviene despedir á esta gente, para que vaya á buscar que comer.” Jesus les respondió: “Dádselo vosotros.” Andrés replicó: “¿Cómo es posible, si no hay mas que cin-

co panes de cebada y dos peces?” “Eso no os dé cuidado, dijo el Salvador; que se sienten, y repartídselo.” Al mismo tiempo tomó los cinco panes y los dos peces, los bendijo y partió, y dió á sus apóstoles para que los distribuyesen en aquella muchedumbre. Todos tuvieron que comer con abundancia; y aun de lo que sobró se llenaron doce canastas.

Hízoles tanta impresion este milagro de Jesucristo, que quisieron aclamarle por rey; pero el Salvador los reprendió ásperamente, diciendo habia venido á dar á los pueblos ejemplos de obediencia á sus soberanos, y no á quitar á estos su soberanía; que el fin de su mision no era ocupar trono en la tierra ni hacer á los hombres temporalmente felices, sino establecer un reinado espiritual y procurarles una eterna felicidad; y para que desistiesen de su intento, los dejó cuando menos pensaban, y con tanto sigilo, que no pudieron saber el lugar de su retiro.

18. El mas famoso de sus milagros fué el que hizo en *Betania*, distante una legua de Jerusalem, resucitando á Lázaro. Antes que muriese, sus dos hermanas, *Marta* y *María*, devotísimas del Salvador, le informaron del peligro urgente en que se hallaba el enfermo, y le suplicaron viniese á curarle. A pesar de este aviso, se detuvo Jesus no sin particular providencia, sabiendo lo que habia de suceder, esto es, que la tardanza le procuraria nueva ocasion de manifestar su poder y divinidad, de suerte que llegó á Betania cuatro dias despues que Lázaro estaba sepultado.

Se hallaban entonces las dos piadosas hermanas en compañía de un gran número de gente que habia venido de Jerusalem á consolarlas. Luego que Marta tuvo aviso

de su llegada, salió corriendo á recibirle; y arrojándose á sus piés, hecha un mar de lágrimas, dijo exclamando: "Ah, Señor! si hubieras venido pocos dias antes, no hubiera muerto mi hermano." Respondió Jesus: "No lloreis, que vuestro hermano resucitará." "Sí, replicó Marta; en el dia de la resurreccion general." Díjola su Magestad no desconfiase, porque él tenia en su mano la vida de todos los hombres, y le era fácil restituírsela al difunto.

Mandó luego que le enseñasen el sepulcro; y habiendo llegado á él, acompañado de cuantas personas habia en la casa, deseosas todas de ver lo que sucedia, hizo quitar la lápida. Entonces dijo Marta: "Señor, ya hiede;" pero, no obstante, Jesus alzó los ojos al cielo, diciendo en alta voz: "*Lázaro, sal afuera.*" Levantóse en el mismo instante, amortajado como estaba, siendo así que un hombre vivo no podria moverse en tal estado.

P. ¿Atendiendo los judíos á la doctrina, vida y milagros de Jesucristo, no podrian menos de reconocerle por el Mesías?

R. Era natural que produjese este efecto, si no fuera:

Primero: Por el errado juicio que habian formado tocante al Mesías, quien, segun los profetas, habia de reinar en todo el mundo, imaginaron seria un rey mas guerrero que David y mas opulento que Salomon; que se haria respetar por un fausto y magnificencia nunca vista; que conquistaria con la espada todo el orbe, y que entonces la monarquía judáica extenderia su dominio sobre todos los pueblos de la tierra: siendo así que los profetas hablaron únicamente de un imperio espiritual, cuyo monarca, aun cuando fuese en realidad (por su celestial origen) mas poderoso y respetable que los de la tierra, enseñaria no obs.

tante con su ejemplo la humildad, la pobreza y el amor á los trabajos, y destruiria el imperio de Satanás, apartando á los hombres de sus falsas religiones y de todos sus vicios; conquistaria con la fuerza de sus milagros á todas las naciones, no habiendo alguna que con el tiempo no se sometiese á su santa ley y religion; reinaria, en fin, gloriosa y soberanamente en todo el orbe católico, no durante un tiempo limitado, como reinan los otros monarcas, sino mientras durase el mundo.

Segundo: Por la insigne malicia de los sacerdotes, que aplicaban todo su conato en desacreditar los milagros de Jesucristo. Unas veces, ponderando la excesiva credulidad del pueblo, negaban osadamente la verdad del milagro. Otras, apartando los ojos del prodigio, solo miraban la circunstancia que su malignidad juzgaba censurable; y así, cuando curó en sábadó al ciego de nacimiento, dijeron que en aquel dia no se podian hacer curaciones sin quebrantar la ley; como si la santidad del dia hubiera de ser obstáculo á la caridad. Finalmente, en los milagros mas innegables, clamaban que era un insigne hechicero, y que lo hacia todo por arte del diablo.

P. ¿Por qué desacreditaban así los sacerdotes los milagros de Jesucristo?

R. Porque temian caer de su autoridad con el establecimiento de la ley evangélica.

P. Siendo esto así, ¿podremos decir que de algun modo es perdonable la nacion judáica por no haber reconocido á Jesucristo por verdadero Mesías, y que se debe echar la culpa de esta incredulidad solo á sus sacerdotes?

R. Disculpa que valga, ninguna puede alegar.